Las actitudes hacia la UE en el contexto de crisis: España, 2007-2012

Marta Paradés, Teresa Mata y Santiago Pérez-Nievas*

RESUMEN

La confianza de los españoles en la Unión Europea ha caído drásticamente entre 2007 y 20012. Pero este indicador de apoyo "específico" no debe confundirse con otros de apoyo "difuso", como la intensidad de los sentimientos de identidad con Europa. El apoyo difuso, que constituye una reserva de lealtad institucional, muestra una tendencia más ambigua que el apoyo específico: en España, la identidad europea no parece tan afectada por la crisis como otras actitudes. Ahora bien, el descenso en los niveles de confianza en la Unión Europea puede tener, en el medio plazo, un efecto erosivo sobre los niveles de identidad europea. En este artículo se revisan y contrastan algunas explicaciones teóricas para dar cuenta de este fuerte descenso de la confianza en la Unión Europea. Los recursos educativos se revelan como una fuente importante de retención de confianza, así como también la percepción de que el funcionamiento institucional del propio país es peor que el de la Unión Europea.

1. Introducción

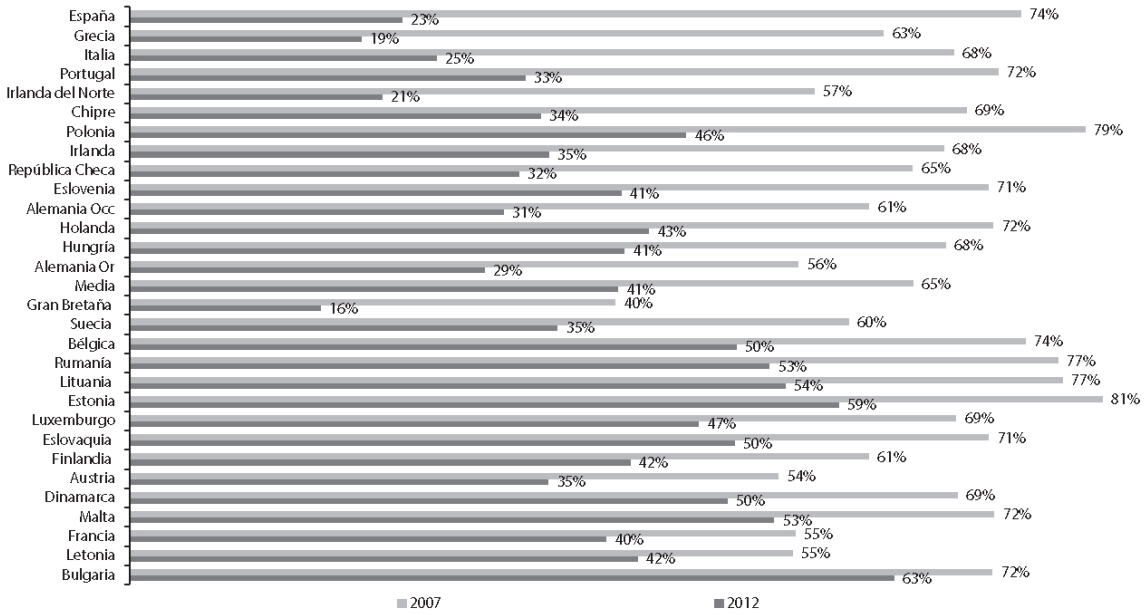
La crisis por la que está atravesando Europa en la actualidad no tiene solo una dimensión económica, sino también institucional. Esta crisis ha deteriorado la imagen de Europa, desencadenando cambios en las actitudes de los ciudadanos hacia la Unión Europea (en adelante, UE). Aun cuando diversos indicadores sugieren que la fase más grave de la crisis del euro ha quedado atrás, los líderes europeos no han podido evitar una desafección creciente de la ciudadanía hacia las instituciones europeas, incluso en los países que contaban con una larga tradición europeísta, como es el caso de España.

El gráfico 1 da buena idea del descrédito sufrido por las instituciones europeas. En los cinco años transcurridos desde el inicio de la crisis, el porcentaje de ciudadanos que confían en la UE ha caído en 24 puntos porcentuales. Esta pérdida de confianza es especialmente intensa en los países del sur: un 51 por ciento en España –la mayor caída de todos los países de la muestra–, un 43 por ciento en Grecia e Italia, y un 39 por ciento en Portugal. A primera vista, la crisis de la deuda, las intervenciones de la Troika –o su amenaza– y las medidas de ajuste parecen desempeñar un papel destacado en este deterioro, pues también en Irlanda la pérdida de confianza durante este período supera en casi diez puntos la media del conjunto de la Unión. Un aspecto singular de este grupo de países es que, en el comienzo de la crisis, todos, excepto Grecia, mostraban niveles de europeísmo por encima de la media, al menos en el indicador de confianza. Sin embargo, tal y como ha quedado patente durante la crisis del euro, el deterioro de la confianza en Europa no es exclusivamente un fenómeno de los países periféricos, sino que refleja una fractura norte-sur. Algunos de los países que con más firmeza han defendido las políticas de austeridad, como Alemania y Holanda, muestran también un descenso en los niveles de confianza en la UE superior a la media (en Finlandia es algo menor, aunque cercano a los 20 puntos). En definitiva, durante el último quinquenio, en todos los países, sin excepción, se ha registrado una pér-

* Universidad Autónoma de Madrid (marta.paredes@uam.es, santiago.pereznievas@uam.es).

Gráfico 1

Evolución de la confianza en la Unión Europea (2007 y 2012)



Nota: Los países se ordenan de mayor a menor caída de confianza en la UE durante el período transcurrido.
Fuente: Elaboración propia con datos del Eurobarómetro 67.2 (QA16.7) y 77.3 (QA13.4).

dida de confianza en la UE; y aunque, sin duda, las circunstancias económicas de cada país (la caída del PIB, la tasa de paro, etc.) afectan a la magnitud de la caída, el modo en el que la crisis se presenta ante las opiniones públicas nacionales por parte de los gobiernos o los medios de comunicación parece también importar.

En este sentido, el apoyo de los ciudadanos a la UE y, por ende a sus instituciones, y la identificación con Europa son dos dimensiones distintas, aunque relacionadas, que afectan al conglomerado de actitudes de los ciudadanos hacia Europa. En particular, a lo largo de las dos últimas décadas se ha generado un intenso debate sobre la necesidad de una identificación con Europa y sus instituciones que refuerce las bases de legitimidad de la Unión, otorgándole reservas de un apoyo difuso para los períodos de crisis como el actual. El apoyo a la UE y la identidad europea deberían analizarse, por ello, como dos dimensiones diferenciadas del proceso de integración. El estudio de ambos fenómenos y sus posibles cambios derivados de la crisis son de gran interés para la ciencia política. ¿Cuál es el grado de apoyo de los ciudadanos a la UE? ¿Cuáles son los niveles de identidad/identificación con Europa? ¿Cómo se relacionan el apoyo y las identidades nacionales? ¿Son compatibles las identidades nacionales con la identidad europea? Estas son algunas de las cuestiones que explora este trabajo.

El artículo se estructura del siguiente modo. En primer lugar, examinamos la identidad europea y su relación con el apoyo a la UE. Además de una breve revisión teórica, incorporamos datos empíricos que ilustran la evolución de la confianza y el apego hacia la UE. A continuación, en la tercera sección, llevamos a cabo una revisión teórica de las principales explicaciones de las actitudes hacia la UE. La cuarta sección explora la evolución longitudinal de las actitudes de apoyo e identidad europea en el caso español; y en la quinta, a la vista de los principales enfoques teóricos revisados, se analizan los factores explicativos de la confianza en la UE a través de un análisis multivariable, realizando un contraste en dos momentos del tiempo, 2007 y 2012, con el objetivo de explorar los cambios que han podido tener lugar en los factores explicativos de las actitudes hacia la UE. Finalizamos con una sección de conclusiones.

2. La identidad europea y la confianza en la UE: el apoyo específico y el apoyo difuso al proceso de integración europea

La identidad europea es un tema al que se ha prestado mucha atención en los últimos años, tanto desde el ámbito académico (De Vries y van Kersbergen, 2007; Hooghe y Marks 2005; Díez Medrano, 2003; Gabel, 1998a; Eichenberg y Dalton, 1993), como desde las propias instituciones europeas. A lo largo de las últimas décadas, las propias instituciones comunitarias han hecho un esfuerzo para fomentar la creación de una identidad europea que reforzara la legitimidad de sus instituciones. La celebración de las primeras elecciones al Parlamento Europeo (PE) en 1979 permitió la participación directa de los ciudadanos en la elección de los representantes europeos. En la misma línea, la adopción de emblemas oficiales de carácter simbólico, como la bandera y el himno, representaron otras medidas impulsadas desde la UE para reforzar este sentimiento identitario. Si la primera fase del proyecto de integración se basó en aspectos fundamentalmente económicos, el Tratado de Maastricht (1992), que ha cumplido ya veintiún años, marcó el inicio de una nueva etapa en la integración política europea. La importancia de este Tratado radica principalmente en sus esfuerzos por la formación de una conciencia europea, reflejada de manera simbólica en el cambio de denominación de Comunidad Económica Europea a Unión Europea.

De ahí que, en los últimos años, se haya publicado un gran número de estudios sobre diferentes aspectos del proceso de integración y, específicamente, sobre la identidad europea. La identidad europea es una construcción en curso, un proceso activo e intrínseco a la vida social y, por ello, complejo y difícil de definir. Tal y como señalan Brubaker y Cooper (2000: 34), "(l)a identidad sigue siendo un concepto ambiguo, que se explica con dificultad, contradictorio y cargado de connotaciones abstractas". Dada esta complejidad, existe una confusión en la literatura especializada entre los conceptos de "apoyo a la Unión Europea" e "identidad europea". El término "apoyo" se deriva de la definición de David Easton (1965), que diferencia dos tipos de actitudes hacia una comunidad política y sus instituciones: el apoyo difuso y el apoyo específico. El primero implica una vinculación a través de la lealtad y el afecto, mientras que el segundo se deriva de los beneficios o costes específicos que perciben los individuos por su pertenencia.

Aunque diversos autores utilizan el concepto de apoyo de manera similar al de identidad europea, o siguiendo a Inglehart (1971), como uno de sus significados, hay que tener en cuenta que "identidad" reflejaría solo la dimensión del apoyo difuso al proceso de integración europea, diferenciándose del apoyo específico. Según el propio Easton (1965: 185), la identidad podría traducirse como "un sentimiento de pertenencia conjunta a un grupo que, dado que comparte una estructura política común, comparte también un destino político".

Esta distinción es de gran importancia, ya que el apoyo difuso provee un apoyo más duradero al sustentarse en sentimientos de pertenencia a una comunidad y legitimidad de sus instituciones, frente a la dimensión específica que descansa en aspectos utilitaristas o instrumentales, y que, por tanto, puede verse afectada por coyunturas desfavorables, como la crisis económica actual. Lindberg y Scheingold (1970) utilizaron este marco teórico de Easton en el análisis del apoyo al sistema político europeo, concluyendo que la mayor base de apoyo a la UE era de tipo instrumental o utilitarista. Dada la situación negativa actual sería lógico suponer que los ciudadanos no perciben suficientes beneficios por su pertenencia a la UE, resintiéndose por ello su apoyo específico, como se desprende del gráfico 1. Pero, ¿existen diferencias en el impacto de la crisis entre estos dos tipos de apoyo? ¿Qué efecto tiene la crisis en el apoyo difuso al proceso de integración europea?

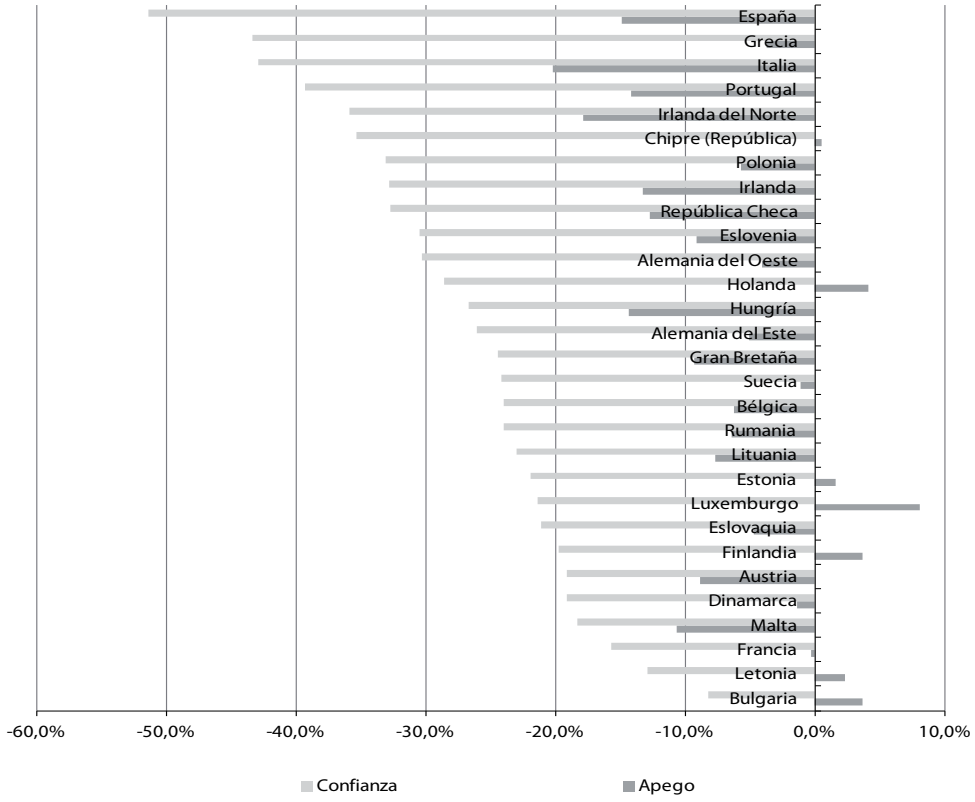
En el gráfico 2 examinamos este interrogante, contrastando la evolución en los niveles de confianza en la UE[1] recogidos en el gráfico 1 –y que tomamos como indicador del apoyo específico– con la evolución de las respuestas a la pregunta sobre el apego a la UE[2], que refleja mejor los componentes de afecto y lealtad que carac-

[1] La pregunta sobre la confianza está formulada en el Eurobarómetro del siguiente modo: "Me gustaría preguntarle cuánta confianza tiene usted en ciertas instituciones. Para cada una de las siguientes instituciones, por favor dígame si tiende a confiar o desconfiar en ella (Unión Europea)".

[2] La pregunta sobre el apego está formulada en el Eurobarómetro del siguiente modo: "Por favor, dígame cuánto apego siente usted hacia la Unión Europea: 1. Mucho apego, 2. Bastante apego, 3. No mucho apego, 4. Nada de apego".

Gráfico 2

Evolución de la confianza y el apego a la UE (2007 y 2012)



Nota: Como en el gráfico 1, los países están ordenados de mayor a menor caída de confianza en la UE durante el período.
Fuente: Elaboración propia con datos del Eurobarómetro 67.2 (QA16.7 y QA33.4) y 77.3 (QA13.4 y QD2.3).

terizan el apoyo difuso, de acuerdo con la definición de Easton. Los resultados confirman, por un lado, nuestra expectativa de que, en el contexto de crisis económica e institucional, el apoyo difuso se comporta como una reserva de lealtad en el proceso de integración europea: a diferencia de la confianza, el apego no ha descendido en todos los países de la UE, e incluso ha aumentado en un número reducido de países: Luxemburgo, Holanda, Finlandia y algunos de los países orientales, así como muy ligeramente en Chipre. No obstante, los datos sugieren también que el descenso en los niveles de apoyo específico "tira hacia abajo" de los niveles de apoyo difuso en una mayoría de países, aunque siempre en porcentajes bastante inferiores: Italia, Irlanda del Norte, España, Hungría –gobernada por una coalición abiertamente antieuropeísta– Portugal e Irlanda son los países con los descensos más acusados en los niveles de apego a la UE. Esta traducción de la caída de la confianza en niveles descendentes de apego difuso sugiere que las reservas de lealtad al proceso de integración europea no son inagotables y que la prolongación de la crisis económica e institucional tiende a socavar la legitimidad misma de la UE como proyecto supranacional.

3. Las explicaciones del apoyo a la UE: los enfoques clásicos

Las explicaciones de las actitudes de apoyo a la UE se pueden agrupar en tres escuelas prin-

cipales: el enfoque utilitarista, el enfoque identitario y el enfoque institucional (De Vries y van Kersbergen, 2007: 310; Hooghe y Marks, 2005; Sánchez- Cuenca, 2000; Anderson, 1998).

El enfoque utilitarista explica las actitudes hacia la UE por sus consecuencias económicas, aunque a veces se considera su interacción con factores políticos como la ideología. Para el enfoque utilitarista, las actitudes de adhesión a la Europa de los ciudadanos dependen de la percepción de un beneficio derivado de la pertenencia de sus respectivos países a la UE. Por contraste, desde la década de los noventa ha ganado fuerza un segundo grupo de teorías, coincidiendo con el mayor impulso a la vertiente política de la UE, que ponen un mayor énfasis en el impacto de factores culturales y/o identidades de grupo, prestando especial atención al efecto de la identidad nacional, así como en las actitudes de adhesión o rechazo hacia el proceso de integración europea. Por último, un tercer enfoque explica las actitudes hacia la UE a partir de las percepciones sobre el funcionamiento de las instituciones nacionales y/o supranacionales, o por la interacción entre ambos tipos de percepciones. A continuación examinamos consecutivamente las aportaciones de cada uno de estos tres enfoques.

La escuela utilitarista: factores económicos

La integración europea recibió su impulso inicial de la vertiente económica. La Comunidad Económica Europea, y con posterioridad la UE, se fijaron como sucesivos objetivos la eliminación de las barreras al libre comercio, la libre circulación de capitales y trabajadores, y finalmente la creación del euro como moneda única. No resulta extraño, por tanto, que las primeras explicaciones sobre las actitudes de la opinión pública hacia el proceso de integración europea tendieran a centrarse en factores económicos. Para el enfoque utilitarista, el apoyo de los ciudadanos a la UE depende de la percepción de un beneficio económico neto derivado de la pertenencia a Europa (Eichenberg y Dalton, 1993; Anderson y Reichert, 1995; Anderson y Kaltenthaler, 1996; Gabel y Palmer, 1995; Gabel 1998a y 1998b). Dicho de otro modo, siguiendo este enfoque, los ciudadanos apoyan el proceso de integración en la medida en que perciben que la pertenencia a la UE es consistente con sus intereses económicos.

Dentro de esta escuela, para un primer grupo de investigaciones, el apoyo a la UE varía dependiendo de los rendimientos macro de la economía nacional; el apoyo se analiza a partir de indicadores macroeconómicos del país, tales como la inflación, el PIB o el desempleo (Eichenberg y Dalton, 1993; Anderson y Reichert, 1995; Anderson y Kaltenthaler, 1996). Un segundo grupo de investigaciones, en cambio, hace más hincapié en la microeconomía y la percepción del beneficio neto individual (Anderson y Reichert, 1995; Gabel y Palmer, 1995). Los ciudadanos perciben los costes y beneficios de la pertenencia a la UE dependiendo de su situación socioeconómica y de la incidencia que puede tener el proceso de integración europea en su economía personal (Gabel, 1998a). A este respecto se aprecia cierto consenso en la literatura en cuanto a que la integración económica favorece a los ciudadanos con mayor nivel educativo, mayor cualificación profesional y niveles de renta más altos (Gabel, 1998a y 1998b). Los ciudadanos obtienen pérdidas o beneficios de la pertenencia a la UE dependiendo de su capacidad de aprovechar las oportunidades que ofrece la liberalización de los mercados. Por un lado, la movilidad de mano de obra aumenta la competitividad laboral, creando nuevas oportunidades para niveles de cualificación altos; pero provoca, al mismo tiempo, una mayor inseguridad en el empleo, especialmente para trabajadores menos cualificados. Por otro lado, los criterios de convergencia económica restringen el gasto social perjudicando a los niveles de renta más bajos. Además, los niveles de renta más altos se benefician de mayores oportunidades de inversión, así como de la baja inflación impuesta por los criterios de convergencia (Gabel 1998a: 47) Por lo que se refiere a las características sociodemográficas del individuo, la posición de las mujeres en el mercado de trabajo y, en general, su mayor vulnerabilidad económica las hace menos proclives a la integración (Carey, 2002: 396: Gelleny y Anderson, 2000; Nelsen y Guth, 2000).

La percepción subjetiva de la economía representa otro de los factores a menudo destacados en este tipo de explicaciones. La mayor parte de los ciudadanos percibe que la integración europea tiene un efecto sobre sus niveles de bienestar y, siguiendo este argumento, varios estudios previos han demostrado que tanto la valoración de la situación económica nacional como la personal tienen un impacto significativo sobre las actitudes hacia la integración europea

(Gabel y Whitten, 1997; Hooghe y Marks, 2005; Jackson *et al.,* 2011). Por ello, en nuestro análisis posterior sobre la confianza de los españoles en la UE, hemos incluido las valoraciones sociotrópicas de la economía, siguiendo a aquellos que prestan prioritariamente atención a los resultados macro de la economía nacional.

La escuela institucional: el funcionamiento de las instituciones

Desde este segundo enfoque, se explican las actitudes hacia la UE a partir de percepciones de tipo político y, de modo más concreto, de percepciones sobre el funcionamiento de las instituciones nacionales y/o supranacionales, o por la interacción entre ambos tipos de percepciones (Anderson, 1998; Sánchez-Cuenca, 2000; Rohrschneider, 2002; Kritzinger, 2003; Muñoz *et al.,* 2011). Estos estudios parten de la hipótesis de que la UE forma parte de una estructura multinivel en la que los diferentes niveles institucionales interactúan entre sí, de manera que la imagen de la UE está mediatizada por la de la política nacional (Hooghe y Marks, 2005).

Anderson (1998) es uno de los autores que más ha desarrollado la idea de que las valoraciones que los ciudadanos hacen de la UE están configuradas por sus experiencias en el ámbito nacional. El argumento de Anderson se asienta en la evidencia de que los ciudadanos están escasamente informados sobre el proceso de integración europea y las políticas europeas, por lo que utilizan como *proxies* sus opiniones sobre la realidad política nacional. En concreto, este autor considera que los ciudadanos satisfechos con el funcionamiento de sus instituciones políticas nacionales apoyarán en mayor medida el proceso de integración europea (Anderson, 1998: 576). La satisfacción con la democracia funciona así como una orientación general que opera independientemente del nivel de gobierno. En sus análisis, Anderson explora también la variable de apoyo al gobierno nacional y su relación con las actitudes hacia la UE, llegando a la conclusión de que si la ciudadanía percibe a sus propios gobiernos como actores clave en el proceso de integración, las evaluaciones de los gobiernos nacionales reforzarán positivamente el apoyo a la UE. En la misma línea, Rohrschneider (2002) asocia las valoraciones positivas de la UE por parte de los ciudadanos con la confianza de estos en sus instituciones nacionales.

A diferencia de los argumentos anteriores, un segundo grupo de autores sostiene que cuanto peor sea la opinión de los ciudadanos sobre las instituciones nacionales, mayor será el apoyo hacia las instituciones europeas. En concreto, Sánchez-Cuenca (2000: 150-151) argumenta que el proceso de integración europea tiene consecuencias en las democracias nacionales, tales como la pérdida de soberanía a favor de la UE. Consecuentemente, el apoyo hacia la UE será mayor cuando los ciudadanos perciban menores costes de transferir soberanía a Europa. En particular, en países con altos niveles de corrupción, menor desarrollo de políticas de bienestar o mayor nivel de desempleo estructural es más factible que los ciudadanos perciban que la UE tiene un efecto compensatorio con respecto a las instituciones nacionales y, por tanto, que aumente el apoyo a la UE. Por el contrario, en países con bajos niveles de corrupción y considerados como eficientes, los ciudadanos podrían albergar opiniones más desfavorables hacia la UE En este sentido, Kritzinger (2003: 237) manifiesta que la ineficacia de los Estados-nación puede incrementar el apoyo hacia la UE. Según el argumento de esta autora, los ciudadanos no valoran estos dos niveles de manera separada, sino que las evaluaciones de la UE están filtradas por las percepciones de la realidad nacional. Si la ciudadanía no está satisfecha con su realidad nacional, convertirá a la UE en beneficiaria de la protesta simbólica contra esta situación.

Por último, Muñoz *et al.* (2011) consideran simultáneamente los dos argumentos expuestos, matizando que el primero de ellos opera en el nivel individual, mientras que el segundo lo hace en el nivel nacional. En su estudio, utilizando como variable explicativa la confianza parlamentaria, llegan a la conclusión de que ambas teorías son parcialmente ciertas: la confianza en las instituciones nacionales tiene una relación positiva con la confianza en el PE en el nivel individual, y negativa en el nivel nacional. La confianza institucional de los ciudadanos es una actitud general consistente a través de diferentes niveles, por lo que los ciudadanos que confían en el parlamento nacional también lo hacen en el PE. Sin embargo, en el nivel nacional, el hecho de vivir en un país cuyos ciudadanos muestran altos niveles de confianza en sus instituciones nacionales tiene como resultado unos niveles más bajos de confianza en las instituciones europeas.

Las implicaciones de estos trabajos son muy relevantes en un momento como el actual,

pues los ciudadanos de algunos países pueden considerar que la UE es la única opción para superar sus problemas nacionales o, por el contrario, puede que los ciudadanos confíen en mayor medida en sus gobiernos nacionales, lo que podría llevar consigo una disminución del apoyo a la UE.

Escuela identitaria: factores simbólicos e identidad europea

Los estudios sobre las actitudes de apoyo a la UE realizados desde este tercer enfoque argumentan que las preferencias de los ciudadanos están determinadas por la identidad de grupo, es decir, por las lealtades, los valores y las normas que definen la pertenencia de un individuo a un determinado colectivo (Hooghe y Marks, 2005: 414). La identidad nacional es quizá la más relevante de las identidades de grupo y, a lo largo de la última década, muchos estudios han examinado el efecto de las identidades nacionales, bien sobre las actitudes hacia la integración (entre otros, Carey, 2002; McLaren, 2002, 2004, 2006; Hooghe y Marks, 2005; De Vries y van Kersbergen, 2007; Pérez-Nievas y Mata, 2012), bien sobre la adhesión a una identidad europea (Inglehart, 1970, 1971; Inglehart y Rabier, 1978; Díez Medrano y Gutiérrez 2001; Díez Medrano, 2003; Duchesne y Frognier, 2008; Boomgaarden *et al.,* 2011)[3]. En concreto, algunos estudios, como el de Sheperd (1975: 93-126) o Hooghe y Marks (2005: 417), encuentran que los factores vinculados a la identidad nacional explican un porcentaje mayor de la varianza de apoyo a la integración europea que los factores vinculados al interés económico individual o de grupo.

La implementación del Tratado de Maastricht y los tratados subsiguientes fomentaron la dimensión política del proceso de integración y el interés en desarrollar un sentido de pertenencia a la UE, de tal modo que los aspectos simbólico-políticos han ganado en importancia frente a los criterios económicos (Carey, 2002: 390). El impulso a la integración política, así como la puesta en marcha de la Unión Monetaria han conllevado una pérdida de soberanía para los Estados, lo que, trasladado a la ciudadanía, puede implicar una creciente incompatibilidad entre la identidad europea y las respectivas identidades nacionales de los Estados miembros.

Por ello, un primer grupo de autores concibe la integración europea de un modo similar al proceso de construcción de los Estados nacionales, considerando los sentimientos de adhesión o pertenencia a Europa de modo muy similar a las identidades nacionales de los Estados miembros; por tanto, estos autores entienden que los Estados compiten con la UE por los sentimientos de lealtad de los ciudadanos. Siguiendo este argumento, cabe esperar que las identidades nacionales y la adhesión a Europa estén correlacionadas negativamente (Smith, 1992; Dogan, 1994; Mayer, 1997; Carey, 2002; McLaren, 2006)[4]. De este modo, los individuos con una identidad nacional más fuerte o arraigada albergarían también actitudes más negativas hacia el proceso de integración europea, debido a la erosión que la misma implica para las respectivas soberanías nacionales.

En cambio, otros autores parten de la premisa de que las identidades pueden ser complementarias y operar en el mismo sentido, admitiendo, por tanto, que la identidad nacional pueda en ciertas circunstancias reforzar las actitudes de adhesión a Europa (entre otros, Díez Medrano y Gutiérrez, 2001; Díez Medrano, 2003; Haesly, 2001; De Vries y van Kersbergen, 2007; Duchesne y Frognier, 2008). La existencia de esta complementariedad se basa en la idea de que los ciudadanos son capaces de mantener simultáneamente distintas identidades que constituyen un conglomerado de identidades múltiples compatibles entre sí. Díez Medrano (2003) y Ruiz Jiménez (2005) han trabajado en esta línea, el primero tratando de identificar precisamente los factores que conforman la identidad europea en distintos contextos; y la segunda, centrándose en las funciones o la naturaleza desigual de las identidades. La principal aportación de estos estudios se resume en que, en función del contexto, las identidades nacionales se pueden ver como un obstáculo o, por el contrario, como un refuerzo de las actitudes hacia la UE.

La relación existente entre la identidad nacional y las actitudes de apoyo al proyecto europeo también varían en función de si

[3] A este respecto, no obstante, es relevante la diferenciación que Duchesne y Frognier (2008) establecen entre identidad europea e identificación con Europa.

[4] Véase también Ruiz Jiménez, (2005: 102-103), y Duchesne y Frognier, (2008: 145-146) para una discusión de esta perspectiva.

dichas identidades nacionales son concebidas como exclusivas o inclusivas (Hooghe y Marks, 2005). De acuerdo con este argumento, los ciudadanos que conciben su identidad nacional como exclusiva con respecto a otras identidades tenderán a ser más euroescépticos que los que la conciben de modo inclusivo (Hooghe y Marks, 2005: 416-417; Llamazares y Gramacho, 2007: 215; Boomgaarden *et al,* 2011: 260). En el período actual de crisis y deterioro de la imagen de Europa es posible que los ciudadanos contrapongan su identidad nacional a la europea de un modo más exclusivo, un aspecto sobre el que volveremos más adelante.

Por lo demás, el efecto negativo de las identidades exclusivas aumentará con la intensificación de la división de las elites políticas con respecto a la integración europea. Por el contrario, en países en los que las elites políticas se encuentran unidas en torno al proyecto europeo, no se observa un efecto del sentimiento de identidad nacional sobre las actitudes de adhesión a Europa, o dicho sentimiento resulta positivo (Hooghe y Marks, 2005: 417; De Vries *et al.,* 2011: 25-26).

La combinación de los enfoques identitario y utilitarista: la identidad nacional y las actitudes hacia la UE en distintos contextos

Díez Medrano (2003: 759), basándose en los trabajos sobre identidades sociales de Calhoun (1994) y Brewer (1993), sostiene la hipótesis de que las identidades pueden ser compatibles cuando cumplen distintas funciones. La identidad europea, como la identidad jerárquicamente superior, satisface la necesidad de inclusión e igualdad dentro de una determinada comunidad, en este caso el conjunto de naciones europeas; mientras que la identidad nacional, en este caso la identidad de subgrupo, cumple la función de diferenciación dentro de la categoría social más amplia. De esta forma, dependiendo del contexto, la identidad local puede verse como un obstáculo para la inclusión en la identidad más amplia; o alternativamente, esta última puede percibirse como una amenaza para aquélla, por lo que la compatibilidad, o no, entre identidades está relacionada con su contenido. Hay que tener en cuenta que la compatibilidad no depende solo del contenido de la identidad nacional, sino también del de la identidad europea. En conclusión, el modo en el que se "imagina" o se presenta Europa en diferentes contextos nacionales determina que la relación entre la identidad nacional y la identidad europea pueda ser positiva en unos casos, y negativa en otros, tal y como muestra Díez Medrano (2003) en su estudio comparado de los casos de España, Alemania y el Reino Unido.

En una línea similar, De Vries y van Kersbergen (2007) han desarrollado el concepto de "doble lealtad" *(double allegiance)* para explicar el modo en el que las identidades europea y nacional pueden reforzarse mutuamente y correlacionar positivamente. De acuerdo con estos autores, los gobiernos nacionales proveen a los ciudadanos de beneficios como seguridad y bienestar (entendidos en un sentido amplio). La lealtad primaria emerge de esta positiva transacción de los Estados-nación, y consiste en que los ciudadanos apoyan las decisiones y acciones de sus gobiernos que escapan a su control directo, solo a condición de que dicha cesión garantice o refuerce su seguridad y bienestar. La lealtad secundaria tiene su origen en la lealtad primaria a la nación y existe cuando las instituciones supranacionales permiten o facilitan a las elites nacionales la provisión de dichos recursos (De Vries y van Kersbergen, 2007: 312-313; Van Kersbergen, 2000: 4-9; Carey, 2002: 392).

El argumento de la doble lealtad puede explicar la variación de situaciones con respecto a la relación entre identidad nacional y europea en distintos Estados miembros, así como su evolución en el tiempo. De tal modo, cabe esperar que no exista relación entre la identidad nacional y la adhesión a la UE, o que esta sea negativa, cuando los ciudadanos perciben que el proceso de integración dificulta la provisión de seguridad y bienestar esperados. Un aspecto especialmente interesante del concepto de doble lealtad es que permite unir el enfoque utilitarista y el identitario en un único marco explicativo.

Dada la creciente proliferación de estudios basados en la identidad, algunos más recientes han tratado de establecer cuál de los dos tipos de factores, los utilitaristas o los identitarios, son más decisivos a la hora de explicar las actitudes hacia la UE. Algunos autores han tratado de operacionalizar los dos enfoques en un mismo modelo para evaluar el peso de ambos factores (Hooghe y Marks, 2005; McLaren, 2004). Sin embargo, si el efecto de la identidad nacional

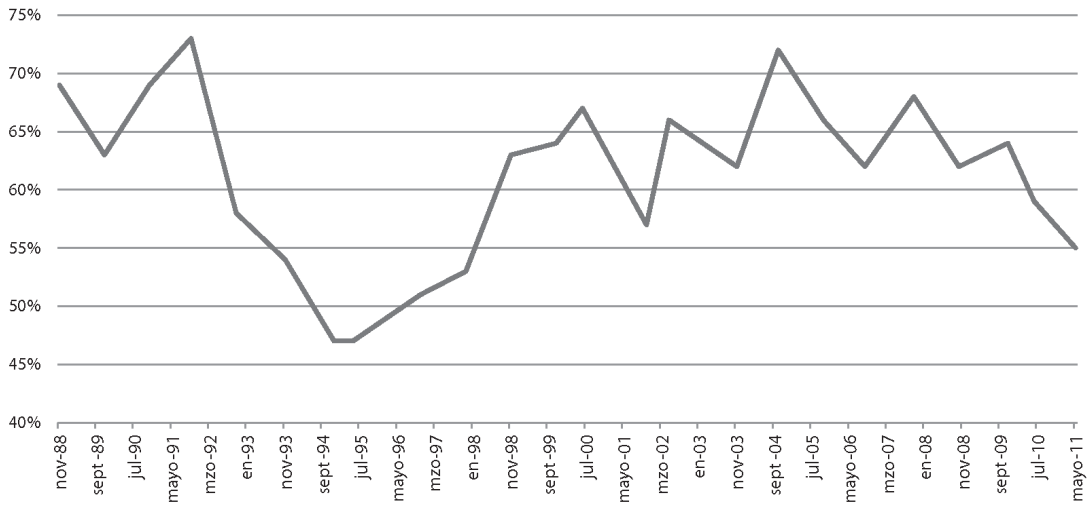
en las actitudes hacia la UE depende de la percepción de beneficio que la pertenencia a la UE proporciona al país, no tiene tanto sentido comprobar el efecto de las evaluaciones utilitaristas frente a las identitarias, como estudiarlas de modo complementario. Por ello, apoyándonos en el concepto de doble lealtad, en la siguiente sección exploramos la hipótesis según la cual la transformación de las condiciones macroeconómicas del país puede transformar la relación existente entre la identidad nacional y las actitudes hacia la UE. Siguiendo este razonamiento, Garry y Tilley (2009: 367), por ejemplo, encontraron que, entre los países contribuyentes netos a la UE, las identidades nacionales exclusivas tienen un efecto (negativo) mayor en las actitudes hacia la UE que entre los países beneficiarios netos. En el análisis que desarrollamos en la siguiente sección no llevamos a cabo una comparación entre países, pero sí comparamos las actitudes de los españoles hacia la UE en dos momentos en el tiempo, 2007 y 2012, en los que las condiciones macroeconómicas de España cambiaron dramáticamente. De ello derivamos distintas hipótesis acerca del efecto de la identidad nacional y la identidad nacional exclusiva en las actitudes hacia la UE en uno y otro momento.

4. Las actitudes hacia la UE y la identidad europea en España: tendencias longitudinales

España ha sido considerada tradicionalmente uno de los países más pro-europeos de entre los Estados miembros (Strath y Tryandafyllidou, 2003). Como se aprecia en el gráfico 3, la serie histórica del Eurobarómetro pone de manifiesto que el porcentaje de personas que consideran que la pertenencia de España a la UE es algo positivo ha superado siempre el 50 por ciento (excepto durante el breve período de 1994-1995 en torno a la crisis económica anterior a la actual). Aunque en este indica-

Gráfico 3

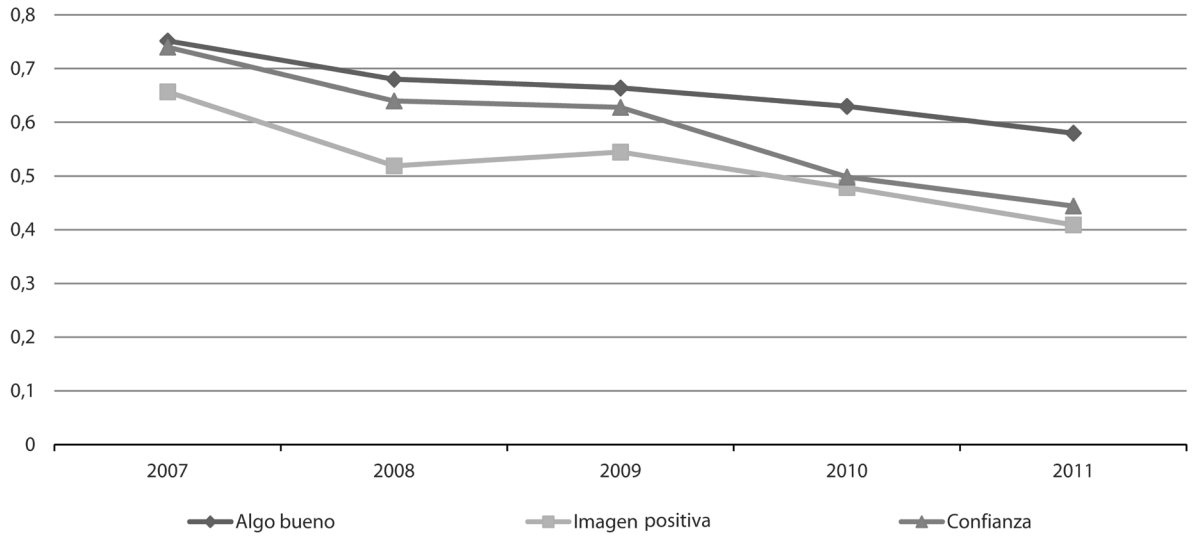
Evolución de quienes consideran que la pertenencia de España a la UE es algo positivo



Fuente: Elaboración propia a partir de la serie histórica del Eurobarómetro.

Gráfico 4

Evolución de las actitudes hacia la UE en España



Preguntas: "Generalmente hablando, ¿considera que la pertenencia de España a la UE es una buena cosa, una mala cosa, o una cosa ni buena ni mala?"; "En general, ¿tiene usted una imagen de la UE muy positiva, bastante positiva, neutral, bastante negativa o muy negativa?"; "Me gustaría preguntarle cuánta confianza tiene usted en ciertas instituciones. Para cada una de las siguientes instituciones, por favor dígame si tiende a confiar o desconfiar en ella (Unión Europea)".
Fuente: Eurobarómetros, 67.2, 70.1, 72.4, 73.4, 75.3.

dor el descenso entre 2007 y 2011 es de casi 18 puntos porcentuales, el porcentaje de los que consideraban positiva la pertenencia de España, en mayo de 2011 era de un 55 por ciento, todavía por encima de su momento más bajo a mediados de la década de los noventa. Por su parte, los que la consideran algo negativo han crecido desde un 10 a un 20 por ciento.

Distintos investigadores han puesto de manifiesto el modo en que Europa se ha presentado como un elemento reforzador de la identidad española, al menos desde la década de los sesenta. Durante la transición, el acceso de España a la Comunidad Europea se percibía como el prerrequisito para la modernización socieconómica y política del país después de la dictadura franquista. Por ello, el acceso de España en la (hoy) UE estuvo presidido por un alto grado de consenso político (Álvarez-Miranda, 1996; Ruiz Jiménez y Egea, 2010). Las décadas siguientes a la entrada de España en la UE vinieron marcadas por dos tendencias distintas. Por un lado, los gobiernos del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) desarrollaron un programa de renovación de la identidad nacional basado en el progreso y la modernización del país, presentando la pertenencia a la UE como uno de los principales emblemas de la renovada identidad nacional (Balfour y Quiroga, 2007: 168-9). Esta es también la línea que mantuvieron los gobiernos socialistas de Zapatero durante los debates en torno al referéndum sobre la Constitución Europea (que tuvo lugar en febrero de 2005). Por otro lado, durante este mismo período, el efecto conjunto de la crisis económica de la primera mitad de los noventa y la implementación de los criterios de convergencia económica para la Unión Monetaria hizo mella en las actitudes hacia UE. Ello coincidió con los primeros discursos euroescépticos en el debate político nacional, especialmente por parte de Izquierda Unida (IU). Este euroescepticismo, sin embargo, no se planteó en términos patrióticos y/o identitarios, sino en el eje izquierda-derecha, como una denuncia a la escasa dimensión social en el proceso de integración (Ruiz Jiménez y Egea, 2010). Tras la llegada del Partido Popular (PP) al gobierno en 1996, el euroescepcticismo de IU se hizo más patente, no

Cuadro 1

Evolución de las actitudes hacia la UE (porcentajes de columna)

	mayo-99	*mayo-00*	*jul-01*	*jul-02*	*mayo-04*	*mayo-06*	*mayo-08*	*nov-09*	*jun-10*
Muy a favor	5	66	73	85	107	123	116	96	88
Bastante a favor	32	354	349	388	458	338	51	363	337
Algo a favor	296	354	331	319	225	243		248	258
Ni a favor ni en contra	189				109	203	20	155	16
Algo en contra	61	74	82	74	38	41		52	6
Bastante en contra	27	26	26	26	18	17	84	31	26
Muy en contra	12	12	14	1	6	11	21	13	17
NS / NC	46	115	124	98	39	24	69	43	55
Total (N)	100 (2490)	100 (2499)	100 (2485)	100 (2482)	100 (2488)	100 (2473)	100 (2472)	100 (2490)	100 (2479)
Muy+bastante+algo a favor	665	773	753	792	791	704	626	706	683
Muy+bastante+algo en contra	10	112	122	11	62	69	106	96	102

Fuente: Elaboración propia a partir de los estudios del CIS (2084, 2204, 2246, 2339, 2392, 2428, 2463, 2566, 2641, 2763, 2800, 2838).

solo con respecto a la dimensión social de la integración, sino también al déficit democrático de la UE.

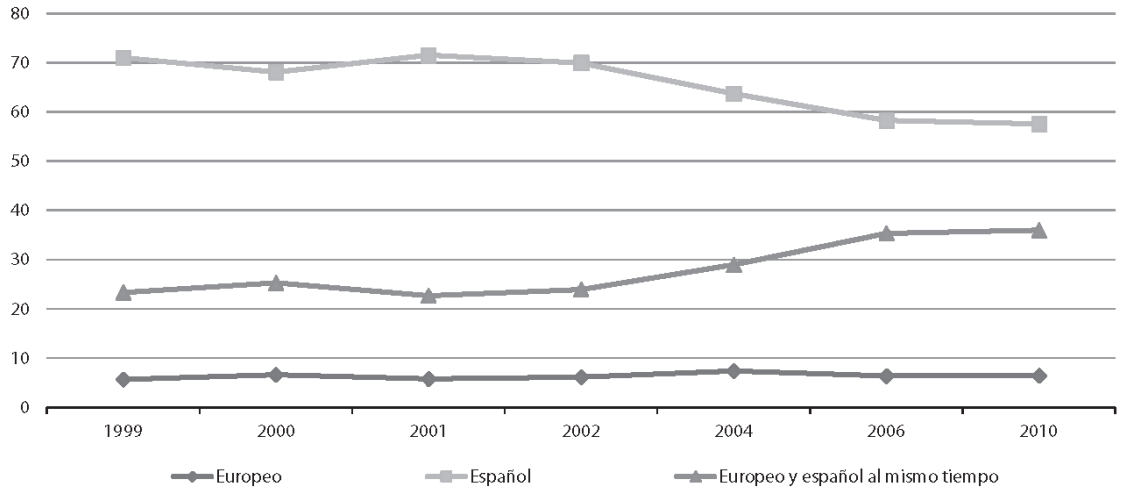
En paralelo, los gobiernos de Aznar, sin llegar a adoptar posiciones netamente euroescépticas, mantuvieron un enfoque fundamentalmente intergubernamental, haciendo más hincapié en la soberanía nacional (Ruiz Jiménez y Egea, 2010). Quizá por el efecto combinado del discurso del PP y de IU, las actitudes de apoyo a la UE se resintieron levemente en torno al año 2000, solo para empezar a recuperarse dos años después y alcanzar un punto máximo a finales de 2004.

Más recientemente, en los debates sobre la Constitución Europea, los sectores tradicionalmente europeístas del nacionalismo catalán y vasco criticaron el texto constitucional por no garantizar suficientemente el reconocimiento de su especificidad cultural y lingüística. Aunque finalmente Convergència i Unió y el Partido Nacionalista Vasco apoyaron la Constitución Europea, una mayoría de partidos nacionalistas de izquierdas se posicionaron en contra de ella por su falta de reconocimiento a la identidad de los pueblos europeos (Pérez-Nievas y Mata, 2012). Pese a estas pequeñas manifestaciones de euroescepticismo, hasta muy recientemente España destacaba en términos comparados por la cohesión de sus elites políticas en torno a la integración europea. En los datos del *Party Manifesto* referidos a las elecciones europeas de 2009, España ocupaba la posición 23 de total de los 27 países de la UE en cuanto al grado de diferenciación de la oferta partidista en lo que hace referencia a la UE y al proceso de integración (Torcal y Muñoz, 2012: 199). Por ello, dado el alto nivel de cohesión entre las elites en torno al proceso de integración europea, así como el enmarcado tradicionalmente "positivo" que se ha dado a Europa como algo beneficioso para el "interés nacional", en nuestro análisis multivariable más adelante partimos de la hipótesis según la cual la identidad nacional española tendrá en 2007 un efecto positivo sobre las actitudes hacia la UE; y esperamos, al mismo tiempo, que esa relación se muestre debilitada, o incluso que haya cambiado su sentido, en los datos de 2012, en plena crisis económica y política.

En realidad, si examinamos los datos longitudinalmente, no parece que los primeros años de crisis tuvieran un efecto tan notable en los niveles de apoyo a la UE, como sí parece haberlo

Gráfico 5

Evolución de la identidad europea, española y dual, (1999-2010)



Pregunta: En la actualidad, ¿usted se siente...? Sobre todo ciudadano/a europeo/a; sobre todo ciudadano/a español/a; ciudadano/a europeo/a y ciudadano español/a al mismo tiempo.
Fuente: Elaboración propia a partir de los estudios del CIS (2339, 2392, 2428, 2463, 2566, 2641, 2838).

tenido el año 2012. Hay que tener en cuenta que, para conocer muchas de las actitudes hacia la UE, tan solo tenemos datos hasta el año 2011[5]. El gráfico 4 pone de manifiesto el radical descenso de la confianza en la UE, que ha pasado de un 44 por ciento a un 23 por ciento en un solo año, lo que casi iguala su caída conjunta para los cinco años anteriores. Aunque no disponemos de otras formas de contrastar esta tendencia, la evolución de la confianza sugiere que la caída del apoyo a la UE, en un sentido general, se aceleró notablemente en 2012. Por otro lado, como también muestra el gráfico 4, hasta 2011 el descenso de la valoración de la pertenencia había sido más moderado que el de confianza, lo que apunta a que en 2012 el porcentaje de españoles que consideraran positiva la pertenencia de España a la UE podría haber superado al de quienes confiaran en ella. Esto debe tenerse en cuenta en la valoración de los resultados del análisis multivariable que llevamos a cabo en la siguiente sección.

También sobre la base de las series sobre identidad europea proporcionadas por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), cuya última observación es de 2010 (gráfico 5 y cuadro 1), comprobamos que, hasta esa fecha, los niveles de identidad dual española/europea se mantuvieron bastante estables, de modo que algo más de un 30 por ciento de los encuestados decía sentirse europeo y español, y casi un 10 por ciento afirmaba sentirse prioritariamente europeo, en niveles muy similares a los de 2006.

5. Los factores explicativos de la confianza en la UE entre los españoles. Un contraste entre 2007 y 2012

En esta última sección se presenta un análisis multivariable de los factores que inciden en las actitudes hacia la UE antes de la crisis, en 2007; y durante la fase más crítica de la crisis de la deuda, en 2012. Tomamos como variable dependiente el nivel de confianza en la UE[6], pues entre los distintos indicadores que hemos empleado hasta el momento es el único que está incluido

[5] En la misma línea, la serie del CIS sobre actitudes hacia la UE, cuya última observación es de junio 2010, muestra solo un leve descenso, y ello si tomamos como punto de referencia la mitad de la década pasada, en torno a los años 2004/2006.

[6] El nivel de confianza en la UE se mide a través de una variable dicotómica que refleja si el encuestado confía (1) o no (0) en la UE.

Cuadro 2

Coeficientes de regresión de los modelos de control

	2007	*2012*
Sexo	-0,172 (0,183)	0,126 (0,171)
Edad	0,009+ (0,005)	0,010+ (0,005)
Educación	**-0,016***** (0,003)	**0,046**** (0,017)
Ocupación[a]		
Estudiante	-0,074 (0,549)	**1,386*** (0,572)
Parado	-1,620 (1,254)	0,796 (0,815)
Agricultor/ganadero	**-1,196**** (0,381) -0,274	0,277 (0,650) 0,867+
Obreros no cualificados	(0,354) 0,038	(0,461) 0,436
Obreros cualificados	(0,321) 0,284	(0,455) 0,524
Empleados oficinas y servicios	(0,343) 0,552	(0,461) 0,708
Técnicos y cuadros medios	(0,666) -0,796+	(0,532) 0,539
Pequeños empresarios	(0,442) -0,045	(0,533) **0,738*****
Directores y profesionales	(0,465) **1,174*****	(0,584) **0,738*****
Valoración de la economía	(0,134) **-1,974*****	(0,154) **-4,154*****
Constante	(0,518)	(0,676)
X2 (d.f)	140,923 (14)	45,011 (14)
-2 log de la verosimilitud	862,077	958,549

Los datos reflejan los coeficientes de regresión. Entre paréntesis figuran los errores estándar. La categoría "jubilado" en ocupación no se incluye por falta de datos. La valoración económica, después de comprobar que no existían diferencias significativas, se trata como variable continua.

[a] Categoría de referencia: Ama de casa.

*** p<0.000; ** p<0.00; * p<0.05; + p<0.1

Fuente: Elaboración propia a partir de los estudios del CIS (2084, 2204, 2246, 2339, 2392, 2428, 2463, 2566, 2641, 2763, 2800, 2838).

en el Eurobarómetro de 2012. Ello nos permite comprobar en qué medida, y conforme a los tres enfoques que hemos revisado en la tercera sección, los efectos de distintos tipos de factores en las actitudes hacia la UE varían, antes y durante la fase más aguda de la crisis económica e institucional. Aunque el análisis se centra en el caso español, dada la necesidad de contar con datos recientes –especialmente referidos a las actitudes hacia la UE–, las bases de datos utilizadas provienen de dos Eurobarometros (el 68.1 de 2007 y el 77.3 de 2012).

Para comprobar los efectos de los tres enfoques explicativos en las actitudes hacia la UE, hemos construido una serie de modelos a través de análisis de regresión logística binaria, procediendo en dos pasos. En primer lugar, hemos

construido un modelo de control para cada año analizado (cuadro 1). Todas las variables incluidas en estos modelos se engloban en el enfoque utilitarista. Se trata de un enfoque muy consolidado en los análisis de actitudes hacia la UE y es procedimiento estándar, en una mayoría de estudios, considerar las variables sociodemográficas y la evaluación de la economía como variables de control.

En cuanto a los modelos finales (cuadro 3), los hemos construido añadiendo nuestras variables independientes clave para cada uno de ellos. En el caso del modelo institucional (M1), hemos medido la confianza en las instituciones a través de una variable categórica que refleja si el encuestado confía en el PE y en las Cortes, si solo confía en una de estas dos instituciones, o no confía en ninguna. En cuanto a los modelos identitarios (M2 y M3), hemos empleado dos tipos de variables: la identidad nacional, que mide el grado de apego que siente el encuestado por su país, y la identidad exclusiva. Esta última se ha construido a partir de las preguntas de apego hacia el país y la UE, considerando que aquellos que sienten mucho apego por su país y ninguno o muy poco por la UE tendrían una identidad nacional de tipo exclusivo. La relación inversa, aunque también la hemos considerado, no ha reflejado ningún resultado relevante[7].

Comenzando por el cuadro 2, las variables independientes incluidas son, por un lado, las propiamente sociodemográficas, entre las que se encuentran la edad, el sexo, el nivel de estudios (medido por el número de años que el encuestado ha permanecido en el sistema educativo y la ocupación)[8]; y, por otro, la valoración de la situación económica en una escala que oscila entre el valor 1 (muy mala) y el 4 (muy buena)[9]. No se ha podido incluir la ideología en los modelos de control finales porque el estudio de 2012 no incluye esta variable. Sí se ha incluido, en cambio, en los análisis exploratorios del año 2007. Para este año, antes de incluir la valoración de la economía, mostraba una relación significativa y de carácter negativo con la confianza en la UE, lo que implica que cuanto más a la izquierda se encuentre el encuestado en el espectro ideológico, menor será la probabilidad de confiar en la UE. Pero esta relación desaparece por completo al introducir las valoraciones económicas, lo que podría indicar que tan solo actúa como una variable conformadora de las actitudes.

Atendiendo a los resultados de los modelos de control (cuadro 2), encontramos un número reducido de variables independientes con efectos sobre los niveles de confianza en la UE. La edad muestra un efecto positivo leve tanto en 2007 como en 2012. En sentido contrario a las expectativas del enfoque utilitarista, el nivel educativo afecta negativamente a los niveles de confianza en 2007. Pero este efecto se revierte, cambiando su sentido a positivo, en 2012; un cambio que parece en consonancia con la significatividad positiva que adquiere la categoría "estudiantes" en 2012 y que no existía con anterioridad a la crisis económica. Por último, conforme a las expectativas del enfoque utilitarista, la valoración de la situación económica muestra un efecto positivo en 2007, que se mantiene también en 2012. No obstante, estos efectos y sus cambios, antes y después de la crisis, deben interpretarse sobre el fondo de la fortísima caída de los niveles de confianza en la UE –la mayor del continente– en España. En el año 2007, quizá debido a los altos niveles de confianza en la UE, las variables sociodemográficas vinculadas al enfoque utilitarista, o bien no mostraban relación con las actitudes hacia la UE, o su efecto no era en el sentido esperado, como en el caso del nivel educativo. En cambio, en 2012, tras una drástica caída en dicha confianza, son precisamente los niveles educativos más altos (y los estudiantes) los que con mayor probabilidad retienen dicha confianza frente a otras categorías de población, lo que les otorga una relación positiva con las actitudes de apoyo a la UE. Ello debe interpretarse, sin embargo, en el contexto de un marcado descenso generalizado, en términos absolutos, de la confianza, lo que paradójicamente aumenta el poder predictivo del enfoque utilitarista, al menos por lo que se refiere a los recursos educativos.

En cuanto a los modelos finales, estos aparecen recogidos en el cuadro 3. El M1 permite comprobar las hipótesis del enfoque institucio-

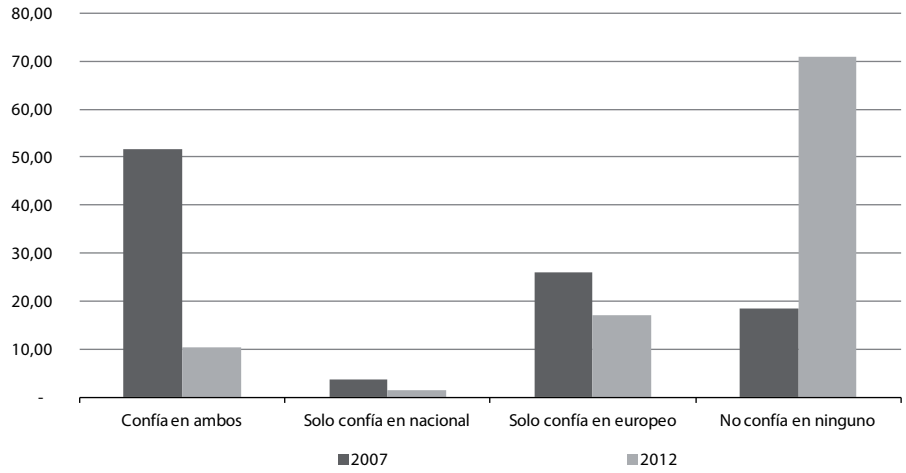
[7] Proponemos más adelante una serie de hipótesis con respecto a las variables de percepción institucional e identitaria, así como sobre la variación de sus efectos en los dos momentos de análisis.

[8] Los Eurobarómetros carecen de preguntas sobre el nivel de renta, de modo que, aunque distintos estudios las señalan como una variable relevante, no es posible tenerlas en cuenta en el análisis.

[9] No se han podido incluir las valoraciones egotrópicas porque estas sólo aparecen en 2012, por lo que no se incorporan a los modelos finales. No obstante, hemos comprobado su efecto en el estudio de 2012 y es similar al de las valoraciones de tipo sociotrópico.

Gráfico 6

Porcentaje de encuestados que confían en el parlamento nacional y en el Parlamento Europeo



Fuentes: Eurobarómetros 68.1 (2007) y 77.3 (2012).

nal; y el M2 y el M3, las hipótesis vinculadas al enfoque indentitario. Respecto a estos dos últimos, la colinealidad existente entre las dos variables independientes clave (la identidad nacional) ha obligado a elaborar dos modelos diferentes, uno con la identidad nacional (M2) y otro con la identidad exclusiva (M3). Volviendo al primero de los modelos, el institucional, los datos del cuadro 3 muestran que, al introducir la confianza en los parlamentos, nacional y europeo, el nivel educativo deja de ser significativo tanto en el sentido negativo que exhibía en 2007 como en el positivo en 2012, lo que podría indicar que está actuando meramente como una variable conformadora de actitudes.

Centrándonos en las dos variables clave, observamos que ambas tienen un efecto significativamente positivo, de forma tal que confiar en cualquiera de los parlamentos aumenta la probabilidad de mantener una actitud positiva hacia Europa. Existe una relación significativa incluso cuando solo se confía en el parlamento nacional, tanto en 2007 como en 2012, de tal modo que la probabilidad de confiar en la UE aumenta con respecto a aquellos que no confían en ninguno de los dos. Este resultado respalda las expectativas de Anderson (1998) y Rohrschneider (2002) que, como se expuso arriba, sostienen que, dada la escasa información sobre el proceso de integración europea, los ciudadanos utilizan como *proxies* sus opiniones sobre la realidad política nacional. No obstante, quizá lo más relevante en este caso no sea la ausencia de cambios en la relación, sino la distribución de confianza en el parlamento nacional y en el Europeo en 2007 y 2013 (gráfico 6). El porcentaje de quienes confían en el parlamento nacional es tan reducido, especialmente en 2012, que, aunque esta categoría mantenga una relación estadística muy significativa con la dependiente, explicaría muy poco la varianza de la confianza en la UE, por lo que este resultado debe ser interpretados con cautela. Algo similar ocurre con la categoría de los que confían en las dos instituciones.

La lectura es algo distinta si consideramos el efecto de los que confían solo en el PE, pues atendiendo a la distribución de la variable, son considerablemente más los encuestados que fijan su confianza solo en el PE, tanto en 2007 como en 2012 (pese al descenso de en torno a 10 puntos que refleja el gráfico 6); al mismo tiempo, aumentan los coeficientes de significatividad de unas elecciones a otras. De ellos parece derivarse que para un sector relevante (sin duda, más relevante que los que confían solo en el parlamento nacional) de los entrevistados, la confianza solo en el PE es un predictor de la confianza en la UE; frente a ellos se sitúan quienes

Cuadro 3

Coeficientes de regresión de los modelos institucional e identitario

	2007			*2012*		
	M1	M2	M3	M1	M2	M3
Sexo	-0,119	-0,166	-0,187	0,272	0,107	0,175
	(0,277)	(0,186)	(0,189)	(0,254)	(0,172)	(0,175)
Edad	0,005	0,006	**0,012***	-0,005	0,009	0,010+
	(0,008)	(0,005)	(0,006)	(0,009)	(0,006)	(0,006)
Educación	-0,008	**-0,017*****	**-0,011****	-0,001	**0,048****	**0,044****
	(0,006)	(0,004)	(0,004)	(0,020)	(0,018)	(0,016)
Ocupación[a]						
Estudiante	0,052	0,014	-0,155	1,452+	**1,484***	**1,253***
	(0,767)	(0,566)	(0,575)	(0,835)	(0,575)	(0,580)
Parado	**-3,524***	-1,497	-1,593	0,917	0,892	0,719
	(1,503)	(1,262)	(1,278)	(1,387)	(0,818)	(0,833)
Agricultor/Ganadero	-1,001	**-1,284****	**-0,968***	0,873	0,308	0,208
	(0,615)	(0,390)	(0,400)	(1,003)	(0,652)	(0,658)
Obreros no cualificados	0,077	-0,206		1,291+	0,904+	0,740
	(0,523)	(0,360)		(0,669)	(0,462)	(0,469)
Obreros cualificados	-0,074	0,124	0,076	1,055	0,508	0,259
	(0,503)	(0,323)	(0,333)	(0,661)	(0,457)	(0,459)
Empleados oficinas y servicios	0,148	0,350	0,309	**1,456***	0,619	0,339
	(0,510)	(0,345)	(0,355)	(0,671)	(0,464)	(0,464)
Técnicos y cuadros medios	0,487	0,826	0,514	1,252	0,779	0,586
	(0,952)	(0,687)	(0,685)	(0,771)	(0,535)	(0,536)
Pequeños empresarios	-0,789	-0,832+	-0,718	1,318	0,604	0,373
	(0,695)	(0,446)	(0,453)	(0,814)	(0,535)	(0,537)
Directores y profesionales	-0,353	0,043	-0,120	0,857	0,755	0,298
	(0,734)	(0,467)	(0,472)	(0,847)	(0,590)	(0,585)
Valoración Economía	**0,392***	**1,177*****	**1,055*****	0,121	**0,730*****	**0,622*****
	(0,192)	(0,137)	(0,139)	(0,239)	(0,154)	(0,159)
Confianza Instituciones[b]						
Confía en ambos	**4,949*****			**5,295*****		
	(0,428)			(0,432)		
Solo confía en el nacional	**2,254*****			**4,705*****		
	(0,512)			(0,791)		
Solo confía en el europeo	**1,914*****			**2,858*****		
	(0,311)			(0,268)		
Identidad nacional		**0,535*****			**0,238***	
		(0,140)			(0,107)	
Identidad exclusiva[c]			**-1,041*****			**-1,137*****
			(0,198)			(0,244)
Constante	**-2,358****	**-3,663*****	**-1,671****	**-4,294*****	**-4,983*****	**-3,637*****
	(0,784)	(0,702)	(0,538)	(0,972)	(0,780)	(0,685)
X2 (d.f)	351,266	151,960	155,513	389,361	48,780	69,658
	(17)	(15)	(16)	(17)	(15)	(16)
-2 log de la verosimilitud	431,697	839,525	813,025	484,177	952,754	917,403

Los datos reflejan los coeficientes de regresión. Entre paréntesis figuran los errores estándar. La categoría "jubilado" en ocupación no se incluye por falta de datos. La valoración económica, después de comprobar que no existían diferencias significativas, se trata como variable continua.

[a] Categoría de referencia: Ama de casa; [b] Categoría de referencia: No confía en ninguno. [c] Hace referencia a la identidad exclusiva nacional. Categoría de referencia: Identidad inclusiva. No se incluye identidad exclusiva europea por falta de muestra.

*** p<0.000; ** p<0.00; * p<0.05; + p<0.1

Fuentes: Eurobarómetros 68.1 (2007) y 77.3 (2012).

no confían en ninguna de las dos instituciones, la mayoría de la población en 2012. Siguiendo a Sánchez-Cuenca (2000) y Kritzinger (2003: 237), esto confirmaría las expectativas en el sentido de que la percepción diferenciada de los niveles nacional y europeo (a favor de este último) contribuye a explicar una parte importante de las actitudes positivas hacia la UE, antes y después de la crisis.

Por último, contamos con las hipótesis vinculadas al enfoque identitario. Recapitulando las tesis de este enfoque, los efectos (el sentido y la intensidad) de las identidades en las actitudes de apoyo a la UE dependen del modo en el que se presenta el proceso de integración en cada contexto. En la sección anterior hemos comprobado que existe en España una larga tradición de "enmarcado positivo" basado en el mensaje de que la pertenencia de España a Europa jugó un papel clave en la modernización socioeconómica del país. Por añadidura, durante los debates de la Constitución Europea, solo un par de años antes de nuestra primera observación, los dos principales partidos presentaron el impulso a la integración europea en clave de interés nacional. Nuestra hipótesis, por tanto, es que la identidad nacional, medida a través de la variable de apego a España, tendrá en 2007 un claro efecto positivo sobre las actitudes hacia la UE. Por otro lado, hasta muy recientemente el "enmarcado" de Europa en España ha sido tan positivo y se ha hallado tan vinculado a lo que se concebía como intereses nacionales, que hemos incluido la identidad exclusiva basándonos en la expectativa de que en 2007 esta tuviera un efecto menor que en 2012 sobre las actitudes hacia la UE[10]. Por el contrario, nuestra expectativa es que, en 2012, en un país con condiciones macroeconómicas dramáticamente distintas, la identidad exclusiva adquiera claramente una relación negativa, mientras que la identidad nacional, medida a través del indicador de apego a España, pierda su efecto positivo, o incluso tenga un efecto negativo.

Los resultados del cuadro 3 confirman solo parcialmente nuestras hipótesis. La identidad exclusiva mantiene una relación negativa en ambas muestras, en tanto que, conforme a lo esperado, la identidad nacional muestra una relación positiva y significativa con la confianza en la UE en 2007, pero la significatividad de la relación se reduce muy notablemente en 2012. En definitiva, la relación entre sentirse español y albergar actitudes positivas hacia la UE es en 2012, en plena crisis, mucho más débil de lo que lo era antes de la misma, en 2007.

6. Conclusiones

Los recientes datos del Eurobarómetro de 2012 ponen de manifiesto una creciente desafección entre los ciudadanos y las instituciones europeas. España y los países más golpeados por la crisis del euro, como Grecia, Italia, Portugal o Irlanda, se encuentran entre los más afectados por esta creciente desafección. Sin embargo, la desconfianza hacia la UE crece también entre algunos de los denominados países "acreedores", y muy notablemente en Alemania y Holanda. En todo caso, los datos ponen de manifiesto que, durante el período 2007-2012, la confianza en la UE descendió en todas las sociedades de los Estados miembros. Para el caso más concreto de España, las series longitudinales sugieren, además, que la caída en las actitudes de apoyo a la UE fue especialmente intensa en 2012, aunque la desafección venía alimentándose ya desde el inicio de la crisis en 2008. En todo caso, el fenómeno no es enteramente nuevo en España, pues existió un notable descenso en los niveles de apoyo a la UE a mediados de los noventa, coincidiendo con la crisis económica anterior; ciertamente, en esta ocasión la desafección europeísta parece de mayor intensidad que la que se registró entonces.

A lo largo de este trabajo se han examinado las distintas dimensiones de las actitudes hacia la UE, diferenciando entre aquellas que reflejan un apoyo difuso, como los sentimientos de identidad europea y el apego a la UE, y las que reflejan un apoyo específico, como la confianza o la valoración de la pertenencia a la UE. Los análisis aquí presentados indican que, en el contexto de crisis económica e institucional, el apoyo difuso se comporta como una reserva de lealtad en el proceso de integración europea: por un lado, a diferencia de la confianza, el apego no ha descendido en todos los países de la UE; y por otro, al menos en el caso concreto de España, la iden-

[10] En un trabajo anterior, Pérez-Nievas y Mata (2012), empleando datos del CIS de 2009, no hallaron efectos positivos ni negativos de la identidad española exclusiva en las actitudes de apoyo a la UE. En una línea similar, Garry y Tillie (2009) encontraron que en países receptores netos de fondos comunitarios, los efectos negativos de la identidad exclusiva desaparecían al introducir la percepción del beneficio para el propio país de la pertenencia a la UE.

tidad europea no parece tan afectada por la crisis como otras actitudes. Sin embargo, los datos sugieren también que el descenso en los niveles de apoyo específico provoca el descenso de los niveles de apoyo difuso en una mayoría de países. Esto pone de manifiesto que los depósitos de reserva de lealtad a la UE no son inagotables, y que la prolongación de la crisis económica e institucional puede acabar echando al traste la legitimidad del proceso de integración europea.

Por último, en este trabajo hemos revisado también las principales aportaciones de tres enfoques explicativos de las actitudes hacia la UE: el utilitarista, el institucional y el identitario; y los hemos puesto a prueba contrastando su efecto en los niveles de confianza de los españoles en la UE antes de la crisis, en 2007, y durante su fase más aguda, en 2012. En primer lugar, respecto al enfoque utilitarista, los resultados ponen de manifiesto que, en el contexto de una caída sustancial de la confianza en todos los grupos de población, los ciudadanos con niveles educativos más altos (y los estudiantes) son los que con mayor probabilidad retienen dicha confianza frente a otras categorías de población. En este sentido, la crisis ha aumentado el poder predictivo del enfoque utilitarista, al menos por lo que se refiere a los recursos educativos. En segundo lugar, y por lo que hace al enfoque institucional, los resultados confirman las expectativas en el sentido de que la percepción diferenciada de los niveles nacional y europeo (a favor de este último) contribuye a explicar una parte importante de las actitudes positivas hacia la UE, antes y después de la crisis. Por último, los resultados sí permiten entrever el efecto de la crisis en la relación entre la identidad nacional española y las actitudes hacia la UE, de tal modo que si sentirse español tenía un nítido efecto positivo en la confianza en la UE en 2007, dicho efecto se ha debilitado como consecuencia de la crisis económica y política en la que se halla inmersa Europa.

Bibliografía

Anderson, C. J. (1998), "When in doubt, use proxies: Attitudes toward domestic politics and support for integration", *Comparative Political Studies,* 31 (5): 569–601.

Anderson, C. J. y K. C. Kaltenthaler (1996), "The dynamics of public opinion toward European integration, 1973–93", *European Journal of International Relations,* 2 (2): 175–99.

Anderson, C. J. y S. M. Reichert (1995), "Economic benefits and support for membership in the EU: A cross-national analysis", *Journal of Public Policy,* 15 (3): 231–49.

Álvarez-Miranda, B. (1996), *El Sur de Europa y la adhesión a la Comunidad: Los partidos políticos*, Madrid, CIS.

Balfour, S. y A. Quiroga (2007), *España reinventada. Nación e identidad desde la transición*, Barcelona, Península.

Boomgaarden, H. G.; Schuck, A. R. T, Elenbaas, M. y C. H. de Vreese (2011), "Mapping EU attitudes: Conceptual and empirical dimensions of euroscepticism and EU support", *European Union Politics*, 12: 241-266.

Brewer, M. B. (1993), "Social identity, distinctiveness, and in-group homogeneity", *Social Cognition*, 11(1): 150–64.

Brubaker, R. y F. Cooper (2000), "Beyond "Identity", *Theory and Society*, 29 (1): 1-47.

Calhoun, C. (1994), "Social Theory and the Politics of Identity", en: C. Calhoun (ed.), *Social Theory and the Politics of Identity*, Cambridge (Mass.), Blackwell Publishers.

Carey, S. (2002), "Undivided loyalties: Is national identity an obstacle to European integration?", *European Union Politics,* 3 (4): 387–413.

De Vries, C. y K. Van Kersbergen (2007), "Interests, identity and political allegiance in the European Union", *Acta Politica*, 42: 307–328.

Díez Medrano, J. (2003), *Framing Europe: Attitudes to European Integration in Germany, Spain and the United Kingdom*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

Díez Medrano, J. y P. Gutiérrez (2001), "Nested identities: national and European identity in Spain", *Ethnic and Racial Studies,* 24 (5): 753–778.

Dogan, M. (1994), "The decline of nationalism within Western Europe", *Comparative Politics*, 23 (3): 282–305.

Duchesne, S. y A. P. Frognier (2008), "National and European identifications: A dual relationship", *Comparative European Politics,* 6 (2): 143-168.

Easton, D. (1965), *A Systems Analysis of Political Life*, Chicago, The University of Chicago Press.

Eichenberg, R. y R. Dalton (1993), "Europeans and the EC: The dynamics of public support for European integration", *International Organization,* 47(4): 507–34.

Gabel, M. (1998a), *Interests and Integration: Market Liberalization, Public Opinion and European Union*, Ann Arbor (MI), University of Michigan Press.

— (1998b), "Public support for European integration: An empirical test of five theories", *Journal of Politics*, 60 (2): 333–54.

Gabel, M. y H. Palmer (1995), "Understanding variation in public support for European Integration", *European Journal of Political Research*, 27 (1): 3–19.

Gabel, M. y G. Whitten (1997), "Economic conditions, economic perceptions, and public support for European integration", *Political Behavior*, 19: 81-96.

Garry, J. y J. Tilley (2009), "The macroeconomic factors conditioning the impact of identity on attitudes towards the EU", *European Union Politics*, 10: 361-379.

Gelleny, R. y C. Anderson (2000), "The economy, accountability and public support for the President of the European Commission", *European Union Politics* 1 (2): 173–200.

Haesly, R. (2001), "Euroskeptics, europhiles and instrumental Europeans. European attachment in Scotland and Wales", *European Union Politics* 2 (1): 81-102.

Hooghe, L. y G. Marks (2005), "Calculation, community and cues: Public opinion and European integration", *European Union Politics,* 6 (4): 421–445.

Inglehart, R. (1970), "Public opinion and regional integration", *International Organization*, 24 (4): 764-795.

— (1971), "Changing value priorities and European integration", *Journal of Common Market Studies,* 10 (1): 1–36.

Inglehart, R. y J. R. Rabier (1978), "Economic uncertainty and European solidarity: Public opinion trends", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 440: 66–87.

Jackson, J. E.; Mach, B. W. y J. L. Miller-González (2011), "Buying support and regime change: The evolution of Polish attitudes towards the EU and voting between accession and 2008", *European Union Politics*, 12: 147-167.

Kritzinger, S. (2003), "The influence of the nation-state on individual support for the European Union", *European Union Politics*, 4 (2): 219-241.

Lindberg, L. y S. Scheingold (1970), *Europe's Would-be Polity*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs.

Llamazares, I. y W. Gramacho (2007), "Eurosceptics among Euroenthusiasts: An analysis of Southern European public opinions", *Acta Política,* 42: 211-232.

Mayer, N. (1997), "Le sentiment national en France" en : Birnbaum, P. (ed.), *Sociologie des nationalismes,* París, PUF: 273–294.

McLaren, L. (2002), "Public support for the European Union: cost/benefit analysis or perceived cultural threat?", *Journal of Politics,* 64 (2): 551–566.

— (2004), "Opposition to European integration and fear of loss of national identity: Debunking a basic assumption regarding hostility to the integration project", *European Journal of Political Research,* 43 (6): 895–911.

— (2006), *Identity, Interests and Attitudes to European Integration*, Houndmills, Palgrave Macmillan.

Muñoz, J.; Torcal, M. y E. Bonet (2011), "Institutional trust and multilevel government in the European Union: congruence or compensation?", *European Union Politics*, 12 (4): 551-574.

Nelsen, B. F. y J. L. Guth (2000), "Exploring the gender gap: Women, men and public attitudes

toward European integration", *European Union Politics,* 1 (3): 267–91.

Pérez-Nievas, S. y T. Mata (2012), "La identidad nacional y regional en el proceso de integración europea" en: Torcal, M. y J. Font (eds.), *Elecciones Europeas 2009*, Madrid, CIS: 139-174.

Ray, L. (2004), "Don"t rock the boat: Expectations, fears, and opposition to EU level policymaking", en: Marks, G. y M. R. Steenbergen (eds.), *European Integration and Political Conflict,* Cambridge, Cambridge University Press: 51–61.

Rohrschneider, R. (2002), "The democracy deficit and mass support for an EU-wide government", *American Journal of Political Science*, 46: 463-475.

Ruiz Jiménez, A. M. (2005), "Identidad europea y lealtad a la nación. Un compromiso posible", *Revista Española de Ciencia Política*, 12: 99-127.

Ruiz Jiménez, A. M. y A. Egea (2010), "Euroscepticism in a pro-European country", *South European Society and Politics*, 15 (1): 121-147.

Sánchez-Cuenca, I. (2000), "The political basis of support for European integration"', *European Union Politics,* 1 (2): 147–71.

Sheperd, R. J. (1975), *Public Opinion and European Integration*, Lexington, Lexington Books.

Smith, A. D. (1992), "European integration and the problem of identity", *International Affairs,* 68 (1): 55–76.

Strath, B. y A. Triandafyllidou (2003), *Representations of Europe and the Nation in Current and Prospective Member-states: Media, Elites and Civil Society – The Collective State of the Art and Historical Reports,* Luxemburgo, Office for Official Publications of the EC.

Torcal, M. y J. Muñoz (2012), "Actitudes hacia la Unión Europea y elecciones al Parlamento Europeo", en: Torcal, M. y J. Font (eds.) *Elecciones Europeas* 2009, Madrid, CIS: 197-227.

Van Kersbergen, K. (2000), "Political allegiance and European integration", *European Journal of Political Research*, 37 (1): 1–17.